

4

Los generales dicen «okey»

La situación no era buena para Allende porque, mientras él viajaba por diversos países, en Washington, el Latinamerican Desk del Pentágono analizaba lo sucedido durante el paro del mes de octubre, y llegaba a la conclusión de que era necesario planificar, antes de que fuera tarde, «en cooperación con las Fuerzas Armadas chilenas» el derrocamiento de Allende. El Pentágono, a partir de la experiencia de octubre, había llegado a la conclusión que «la insurrección popular en Chile está en el punto de despegue» y hay que impedirle hacerlo. Del mismo modo, estimó que Salvador Allende «ya no estaba en posición de controlar la insurrección popular» y, por eso mismo, resultaba inocuo no contribuir a derrocarlo y reemplazarlo por un régimen duro, de fuerza, que desarticulara la organización de los trabajadores a fin de prevenir el peligro subversivo «desde abajo».

Durante los catorce días que Allende estuvo fuera de Chile, en Washington, los generales del Pentágono, sin consultar o informar a Nixon, su Presidente, decidieron dar «luz verde» para que los generales chilenos intentaran derrocar a Allende de una manera eficaz, drástica y segura.

Cuando en noviembre de 1972 Salvador Allende fue recibido por el general Carlos Prats, Vicepresidente de la República, y le hizo entrega del mando de la nación, ya estaban en la capital los emisarios del Pentágono para iniciar las conversaciones con los generales chilenos dispuestos a intentar la gran aventura militar. Y en esa aventura, por decisión del Pentágono, debía quedar fuera Carlos Prats González. De tal modo que ni Prats ni Allende sabían, el 19 de noviembre de 1972, que los días del Gobierno constitucional estaban contados, y los habían contado en inglés.

Y el asunto no era como para tomarlo en broma. El informe *Octubre en Chile* preparado por el Latinamerican Desk, había sido puesto en la mesa del presidente del cuerpo de generales responsables de divisiones administrativas en el Pentágono, el almirante Thomas Moorer. Y el señor almirante había dado su aprobación a las «conclusiones» del informe.¹

Y los hombres del Pentágono en la Embajada de los Estados Unidos en Chile conocedores en detalle de la situación de las Fuerzas Armadas chilenas, al revés que la CIA que siempre tuvo una sorprendente ignorancia sobre el pensamiento de los altos mandos militares chilenos (lo cual la hizo cometer errores graves tanto en su complot de septiembre-octubre de 1970 como en el de octubre de 1972), se conectaron con «los hombres precisos».

Ya en noviembre de 1972, los enviados del Pentágono hablaron con el general Gustavo Leigh Guzmán, segundo hombre de la Fuerza Aérea; con el vicealmirante José Toribio Merino, segundo hombre de la Marina; con los generales «reformistas» Washington Carrasco, Herman Brady y Sergio Arellano Stark; con los generales «duros» Manuel Torres de la Cruz y Oscar Bonilla; y con el general «constitucionalista» Héctor Bravo Muñoz. Les dijeron escuetamente: Hay que prepararse para derribar a Allende y reemplazarlo por un Gobierno duro, fuerte, que haga trizas la estructura de poder naciente de los trabajadores. Es una carrera contra el tiempo. Se trata de «nuestra supervivencia». Si «el populacho tiene vía libre para seguir el camino de octubre, en un año o dos nos arrollará». Y los enviados del Pentágono establecieron un razonamiento que se esparció, más tarde, como reguero de pólvora por las filas de los altos mandos chilenos. El razonamiento, aproximadamente, era así:

Los informes de los Servicios de Inteligencia de las Fuerzas Armadas de los EE.UU. demuestran que el Perú se está pre-

